

Esa vez que la Mistral volvió a Chile



Gabriela Mistral.

ALFONSO CALDERON*

Gabriela Mistral vino a Chile, a La Serena, en 1954, y de entrada comenzó a decir las cosas directamente, lo que extrañó en un país acostumbrado a un habla con esquinas, a un andar a tientas con las palabras, en procura de atenuarlo todo para que nadie se enoje u ofenda. La oí muy de cerca, pues debía enrolarme entre los fieles que la acompañarían en los días que viviría allí, mirándose a sí misma en la que había sido cuando niña triste y huraña.

—Lo que más deseo yo, que no soy política, sino una mujer que sufre con los sufrimientos de los demás, es ver cumplidos todos los sueños de don Pedro Aguirre Cerda. Que los niños se puedan educar aunque sus padres sean pobres. Que no tengan necesidad de caer en el trabajo cuando aún no es tiempo. Que gocen el milagro del libro y que amen los juegos antes de ponerle buena cara al mal tiempo. Lo otro

*En 1954, durante la segunda presidencia del general Carlos Ibáñez del Campo, Gabriela Mistral regresó después de muchos años a Chile para recibir el Premio Nacional de Literatura. Es sabido que en un principio se negaba a efectuar ese viaje, pues el reconocimiento nacional llegaba demasiado tarde, años después de haber recibido la poetisa el Premio Nobel, galardón harto más significativo en resonancia pública y en monto.

Durante su estada en sus tierras del norte, al escritor Alfonso Calderón le tocó en suerte colaborar con Gabriela Mistral, y tuvo ocasión de conversar privadamente con ella. De esas conversaciones tomó apuntes que permanecieron inéditos hasta ahora. En estas anotaciones de Calderón se desprenden una a una las opiniones de Gabriela Mistral sobre Chile, sobre la poesía, así como también algunas precisiones biográficas.

que me importa es que la tierra sea de todos. Sueño con la reforma agraria, y es una gracia que sueñe despierta con ella. La vi en México, y sé que Vasconcelos hizo la reforma de la Educación y Obregón la de la tierra. No hay la una sin la otra. Son las dos manos que lavan de pecados el cuerpo de una nación. El terrón indígena era de América, era del hombre de la tierra que ha sido despojado de ella con menoscabo del alma. Hay que devolverle al hombre de la tierra lo que ha sido siempre suyo y que otros le han usurpado.

No produjo mucho interés lo que decía, porque había por allí y por allá quienes acusaban el golpe. Al fin y al cabo se trataba de una "intelectual".

Me tocó acompañarla en el hotel, para ayudarla a "filtrar" visitas, a dar información, a ponerla de acuerdo con los tiempos que corrían. La gente deseaba verla, oírla, hablarle, recordarle otros tiempos, pedirle libros u opiniones, tocarla, danzar ante ella o saber si tenía memoria de algo que los otros suponían que era preciso decirle. Se veía muy delgada, con poco ánimo, y me dijo que era el corazón, que iba a probar con unas yerbas del Valle de Elquí. A veces el rencor le torcía la boca y no podía callar. O, más bien, no quería, porque antes debió tolerar lo que ahora se había acrecentado en la suma injuria de los años, en la cosecha de los agravios.

Si venía un cura a pedirle unos minutos, se ponía a pensar en otro cura, en el que le impidió la entrada a la Escuela Normal, alegando que era "panteísta" o partícipe de la herejía modernista. Que amaba a los pájaros más que al Señor. Que leía libros prohibidos y que no hacía lo que era debido. Si alguien le decía algo sobre Vicuña, decía que no, que le apartaran ese cáliz. Que ella era de Montegrande, que la casa de Vicuña era una mentira. Cebaba un mate, como para tranquilizarse, se quejaba de lo pobre que encontraba a Chile, con mendigos y sequía. "¿Y cómo? —murmuraba—. Si aquí no hubo guerra. Es la codicia que se lleva en el alma. Es el deseo de los *posedentes* que lo hunde todo".

A una amiga le dijo, sentada en un sillón, en la sala contigua al bar del hotel Francisco de Aguirre:

—No me cambien a Chile. No me lo engringuezcan, déjenmelo así, callado y negrito, pero limpio y puro, con las greñas al aire. Quiero que sepan que la palabra más bella del mundo es hoy "paz". La bomba es nuestra enemiga maldita, Satán que quiere vencer a Dios. Hay que echarle encima la paletada que viene de juntarnos todos para decirle a diario, como parte de nuestras oraciones. Pedir por el pan y por la paz. Y hay que cuidar, además, la naturaleza. ¿Sabe usted que los

ríos se enferman y mueren? ¿Que el humo de la vileza de las industrias lo invade todo? La tierra se agrieta y deja morir la semilla. Yo sé que cuando muera me echaré de espaldas, río arriba, y como Ofelia vieja, mirando a Dios cara a cara, diciéndole que he pecado, me juntaré con las aguas del Claro y del Turbio, con las montañas ciñéndome a cada paso.

“NO ME DEN MAS RONDAS”

No era fácil seguirla en sus cambios de tono. Sobre todo cuando le venían —como lo dijo— sus empaques. La copa era amarga. “Aquí me hice niña vieja, con el dolor que me produjo el desprecio, la sonrisa de agravio. Y aquí sufrí como en ningún otro lugar del mundo. Me dieron por pan la palabra venenosa, el gesto maligno, la vulgaridad. Usted no sabe, me creyeron retrada mental, y yo sufría mucho porque tenía muchas cosas adentro que quería decir, y no me dejaban. Por eso se me quedó para siempre la sonrisa fea. Por el grito que no di, por la humillación que no contesté, por la mala fe de tanta gente. No usé la palabra para herir a quienes me hirieron. ¿Cómo quiere usted que yo sea una mujer feliz? No hubo triunfo, sino dolor, mucho dolor”.

Habló una mañana, en el estadio de La Serena. Recordó que Menéndez y Pelayo, con una fe rotunda en todo lo que sabía, nos definió como un país de historiadores. Como una nación que medía todo con la vara de los datos. Y no era eso, dijo Gabriela, porque Chile es un país que canta, que danza, que se mueve en procura de mostrar su verdadero yo esencial, el de la palabra poética; que la poesía era un flor mágica capaz de evitar el dolor por la vía de la mayor alegría. Y dijo, una vez más, que había que amar al hombre y agradecer a Dios por darnos el mundo, y que la paz debía ser la norma capaz de unir a todos los hombres en un gran abrazo de reconciliación para que se desterrara a la torpe, a la loca, a la extraña, a la muerte.

Oí a un regidor que le habló de las rondas que venían. Se irritó moderadamente:

—No me den más rondas. Me las ponen en todas partes. Me aburre que me crean diosa, reina o qué se yo. Hice esas rondas para que los niños aprendieran a tomarse de las manos y a encontrarse los unos con los otros, no para que las convirtieran en el himno nacional de Gabriela Mistral. Las hice para esos niños que no tenían madre, padre o hermanos, y que estaban solos. Las hice para hurañas como yo y para las niñas que eran como lagartijas *cerrerías*, moviéndose solitarias entre las

pedras de Montegrande, buscando que el sol las olvidara. Las hice para que unas niñas reconocieran la felicidad.

En la noche me dijo que volvería pronto, que iba a rezar a su habitación, que la esperara. Cuando regresó, a la media hora, su rostro era más dulce, pero doloroso como siempre. Y le pregunté discretamente. “¿Qué quiere? —me dijo—. Todo cuanto yo he querido se me fue con el viento. No fui amada y di el amor a manos llenas. A mi Yin-Yin* me lo mataron los de las ‘bandas’. Lo mataron porque me castigaban y lo castigaban a él para que terminara el amor verdadero, el que a modo de madre de verdad yo sentía. Era mi único mundo de verdad. Lo mataron porque era blanco, porque era dulce, porque sonreía de modo muy bello y no tenía rencores. El era mi única paz, y me lo mataron. Con él se acabó todo. No habrá otra epifanía, sino la de la muerte”.

Seguramente había subido para rezar una de esas oraciones compuestas para Yin-Yin, que conoceríamos treinta años después gracias al libro de Luis Vargas Saavedra, *El otro suicida de Gabriela Mistral* (1985). El constante pedido de perdón se le atravesaba en la garganta, pero en verdad ella no deseaba perdonar. ¿Qué hacer con esa muerte injusta? Nada más que una oración, algo así como ésta: “Yo quiero comenzar y terminar mi día contigo, con tu corazón en mi mente, y tu nombre en mi boca”.

Le dije que había sabido, por Juan Uribe, que trabajaba intensamente en un libro sobre Chile, que preguntaba por los nombres de las yerbas, que recordaba la geografía, que pedía saber en qué lugar vivía tal o cual bestezuela, y qué cerro era el que orillaba un lugar. Y le dije si ella, que admiraba a Selma Lagerlöf, había pensado en inventar a otro Nils Holgerson para que recorriese el país contándolo. No se trataba de una adivinación mía, sino de un intento de filiación de esa línea de su poesía. Respondió largamente, y extracto de mis notas de esos días, de un diario informal, la respuesta:

—Selma Lagerlöf amaba como yo la geografía. Y quiso hacer un texto para que los niños aprendieran a amar a su país, miembro por miembro. Al volar, montado en una oca. Nils puede ver todo por primera vez, “de verdad”. Es al mismo tiempo un joven dios Pan y una Sherezada que rescata su alma al ir hilando cuentas maravillosas. Nils convierte en magia lo árido de las descripciones. Ríos, montañas, ven-

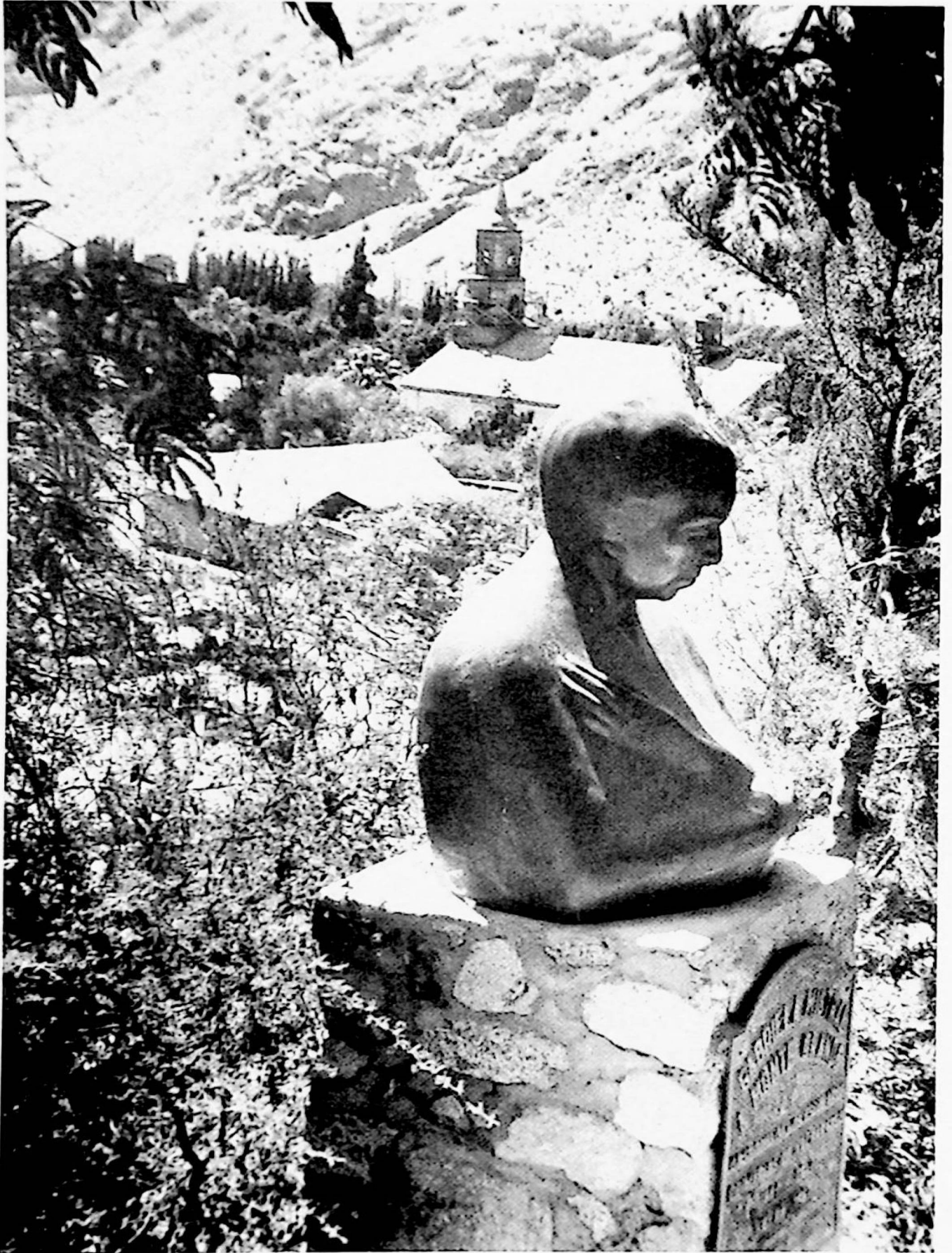
*Yin-Yin: sobrino adoptado por Gabriela Mistral y muerto a los 20 años.



Gabriela Mistral y los niños.



Con Doris Dana, su secretaria.



Monte Grande. En esta localidad elquina nació Gabriela Mistral. También aquí está su tumba.

tisqueros, los campos y el gran mar total. Mi libro es un regalo de Chile que yo me hago a mí misma. Una vieja como yo, de pronto, quiere encontrar almohada de piedra, como Jacob. Y recorro el país en bulto de fantasma, con un niño y un huemul. Es un esfuerzo muy grande, pero no moriré sin darle término. Yo era gran lectora de los libros de geografía de Reclus. Y en ellos descubrí la belleza poética de la geografía. Amo a la tierra como la amaba el santo de Asís. Yo quiero vivir la tierra chilena, palmo a palmo, comerla y beberla para hacerla sangre de mi sangre. Así podré dormirme en Dios y en la Virgen. Lo que ellos me dirán es el goce de vivir. Dios me sopla una palabra, siempre: “¡Resurrección!”.

Ya sólo volvería a verla cuando llevaron sus restos a Montegrande. Y muchos hicimos la caravana dolorosa, por caminos de serpiente, en la ruta. María Urzúa, que vio a Gabriela cuando abrieron el ataúd en Santiago, me dijo que era otra persona. Los norteamericanos la habían convertido en un “ser querido”. La habían pintarrajeado como a un Gran Jefe Indio o como a un nabab de Hollywood. La convirtieron en alguien como Joan Crawford. Le cerraron la boca, quitándole la sonrisa triste; pero eso es, como decía Kipling (y repetía Gabriela Mistral), “otra historia”.

EL VALLE DE ELQUI: LA PRIMERA MUSICA

Gabriela Mistral fue triste desde siempre, “una niña huraña como son los grillos oscuros cuando es de día, como es el lagarto verde, bebedor de sol”, y aprendió a conocer las montañas del valle de Elqui como las palmas de sus manos, sacando cuentas del pliegue del arbusto y del color de la piedra eterna. A falta de padre, quien operaba por ausencia, pues don Jerónimo Godoy buscó caminos sin atarse a la norma, la niña se aferró a la tierra en un haz de sensaciones, viendo con el ojo total, además, “los cerros tutelares que se me vienen encima como un padre que me reencuentra y me abraza, y la bocanada de perfume de esas hierbas infinitas de los cerros”.

Ido el padre, que andaba “en las locuras de la vida”, la madre se halla ahí, dispuesta y fuerte, como el sol elquino, como la Biblia familiar, como la sombra de los árboles que juegan con la sombra ancha de la higuera o el muro de piedra. En la madre, aprende el amor —y el canto— desde la cuna: “no hay ritmo más suave, entre los cien ritmos derramados por el *primer músico*, que ese de tu mecedura, madre, y las cosas plácidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus rodillas”.

Su “amarga orfandad de una niña de aldea cordillerana” tuvo firme asiento en la primera Biblia, que le permitió huir “de la elegancia vana y viciosa en la escritura y me puso a beber de bruces sobre el manadero de la palabra viva”. Entre ríos y cordillera, asistida por el centelleo de las piedras vertiginosas y por los tonos del verde que la luz transforma, supo que “la patria es el paisaje de la infancia”. Y en el valle se salvaba de la miseria de la ciudad grande, hasta el primer día en que sorprendió el mar, en una ola de la playa de La Herradura. El espacio era sagrado. Se trataba de un mundo de niños “que no jugaron con los muñecos muertos ni despertaron a la vida mental en el feo cuadrilátero de muros de una casa de ciudad. Jugaron con los guijarros de los ríos; recogieron las conchas musicales por la orilla del mar, tejían los tallos de la hierba, desgranaban la espiga delicada”.

¡Qué extrañas le resultaron las tierras duras, sin un dejo de mansedumbre! No hallaba, a veces, sino la penuria, la soledad de la roca que, en bulto, se volvía fantasma, mujer de Lot, figuración del mito de un mundo mágico de los diaguítas. “El hambre de extensión verde —confesó— es para mí entre las más nobles avideces que llevamos, y yo no sé vivir en paisaje que no me la aplaque y, además, me la revele”.

Con qué ojos asombrados, en su momento, iba viendo la fiesta de la uva, la fatiga del río Elqui, el desaforado primor de los tomates, el corte de las montañas, esas cien o más que le descubren el verdadero carácter de la naturaleza. Por la noche, los cuentos y consejas, el mate, los dolores, las ausencias y la muerte: todos a una van definiendo. Más tarde, ella habrá de decir que “se prueban en la infancia, con la cernecita de ciruela y la imaginación desatentada, los espantos más grandes junto con las dichas más dichas”.

Si descubrió el libro, el hallazgo fue la Biblia, cuando la abuela paterna, “una mujer ancha, vigorosa”, que era capaz “de leer el futuro en las estrellas”, y que, sentada en una banqueta de mimbre, en Montegrande, le entrega a la niña el libro para que leyera siempre en la misma parte: los “Salmos” del rey David. ¿Y qué otro? No podía ser otro que el de la Naturaleza: “en las quijadas de la cordillera el único libro era el arrugado y vertical de trescientas y tantas montañas, abuelas ceñudas que daban consejas trágicas”.

Más tarde veremos cómo, a partir de todo ello, surge el orden del mito. Eric Dardel, por ejemplo, sugiere que, en general, “la roca que se ve *es* el antepasado que ya no se ve”, y en la proyección damos con “la forma visible que oculta y muestra lo invisible”. Así, en un poema de *Tala*:

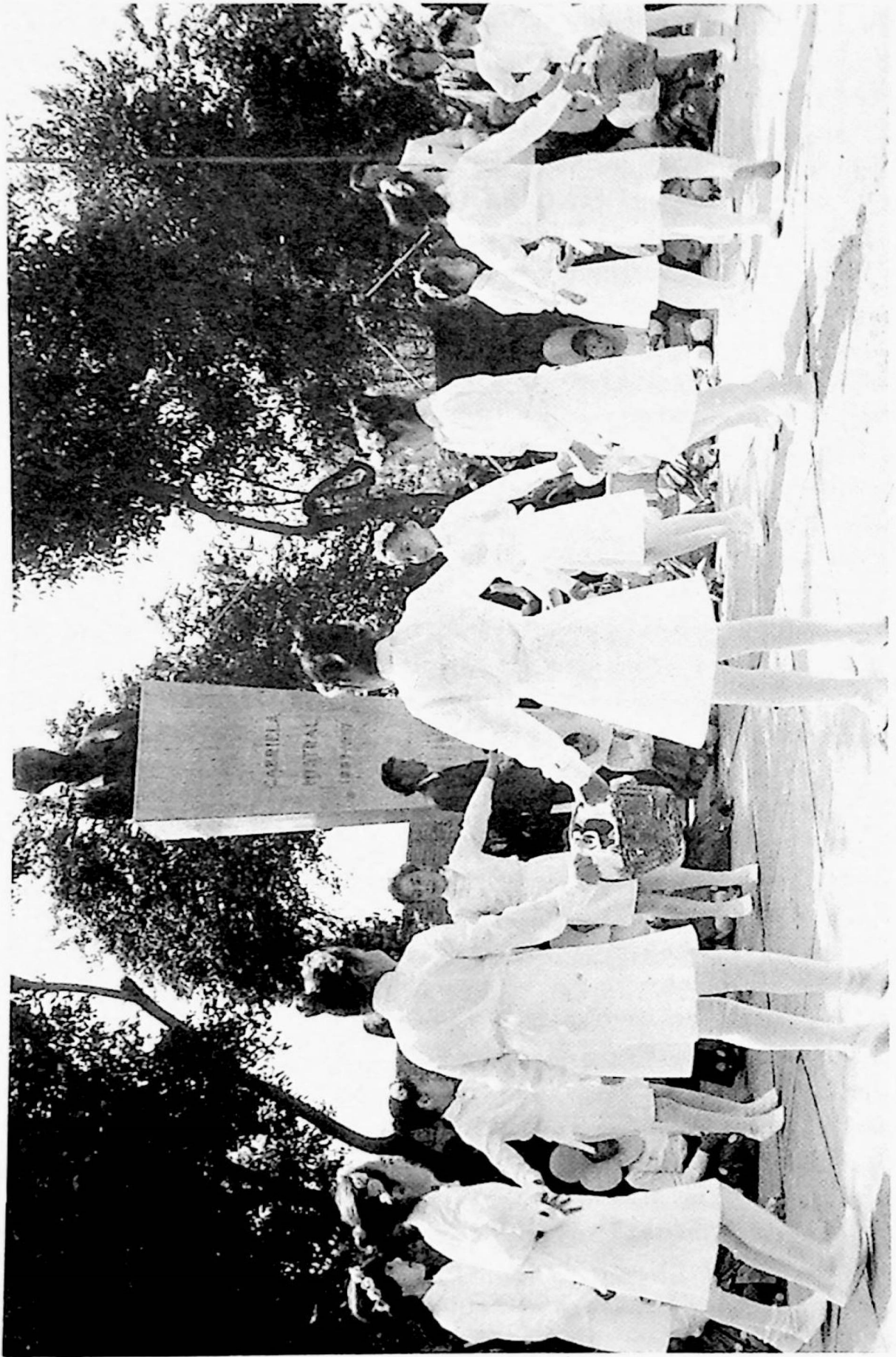
“¡Carne de piedra de la América,
halalí de piedras rodadas,
sueño de piedra que soñamos
piedras del mundo pastoreadas;
enderezarse de las piedras
para juntarse con sus almas!
¡En el cerco del valle de Elqui,
en luna llena de fantasma,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrobadas!”

En el *Poema de Chile*, con los cortes y adiciones que hizo en alarde de intrusa, Doris Dana dejó, pese a todo, que viéramos “en fantasma” a Gabriela Mistral. Quizás si andaba en busca de “una piedra de Montegrande, grande y blanca como una gaviota encucillada, que era mi escondedero de toda cosa”, pues metida debajo de ella tenía toda su infancia “y si vuelvo, la encuentro buscando el lomo de gallina blanca, la levanto como el ave con pollada y le recojo mis cinco años intactos”.

Como un territorio ocupado noblemente, el valle de Elqui aparece a cada momento y es “la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país; he andado bastante y no conozco región más angustiada de suelo vegetal y en el cual, sin embargo, vivan tantas gentes. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje, se sienten un poco ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes. Estoy segura de que las niñas de la escuela de mi hermana, cogidas de la mano, daban la anchura máxima del valle”.

La tabla rasa ha tomado en cera la impresión de todos, y por ello hay que agradecer. Los niños que de allí salieron saben bien “en la extranjería”, que linda vida tuvieron en medio de esas “montañas salvajes”, y el desarrollo convierte todo en tributo de la esplendidez del don: “qué ojo bebedor de luces y de formas y qué oído recogedor de vientos y aguas sacamos de esas aldeas que trabajan el suelo amándolo cerradamente y se descansan en el paisaje con una beatitud espiritual y corporal que no conocen las ciudades letradas y endurecidas por el tráfico”.

El orgullo de la tierra, en lugar de asaetearla la llama a la exaltación: “vivimos en el valle de Elqui sobre lo enjuto que es lo limpio, lo mismo que sobre una cerámica, ya sea en el verano cuando el valle casi crepita de árido, o en ese invierno de espejos blancos arriba y de gredas duras abajo. La atmósfera que Dios nos dio es urna de veras, y con esa vanidad regionalista pode-



Monumento a Gabriela Mistral (Santiago de Chile).

mos decir que cuando Dios nos mira nos ve más clara y distintamente que a belga o a un holandés”.

Fue duro arraigar en el valle, porque allí la empresa de echar raíces era ya el primer acto de heroísmo, un gesto adánico posterior a la Caída; y desde niña vio que todo era esfuerzo en procura de un fruto, de una palabra: “El valle es casi un tajo en la montaña. Allí no queda sino hambrearse o trabajar todos, hombres, mujeres y niños. El abandono del suelo se ignora; estas tierras como de piel sarnosa de lo baldío o de lo desperdiciado, donde no hay roca viva que aulla de aridez, donde se pueda lograr una hebra de agua, allí está el huerto de durazno, de pera y granado; o está, lo más común, la viña crespá y latina, el viñedo romano y español, de cepa escogida y cuidada. El hambre no lo han conocido esas gentes acuciosas, que viven su día, podando, injertando o regando; buenos hijos de Ceres, más blancos que mestizos, sin dejadeces criollas, sabedores de que el lote que les tocó en suerte no da para mucho y cuando más da lo suficiente; casta sobria en el comer, austera en el vestir, democrática por costumbre mejor que por idea política, ayudándose de la granja a la granja y de la aldea a la aldea. Y raza sana, de vivir la atmósfera y el arbolado, de comer y beber fruta, cereales, aceites y vinos propios”.

El hombre y la mujer están allí y aceptan la sanción de Dios, porque no cabe réplica. Sin embargo, hay problemas que ve desde niña —y su padre es prueba de ellos—. “Cuando los pueblos primitivos asignaban al hombre el fuego y el aire como elementos suyos y señalaban a la mujer la tierra como su lote, tenían razón redonda, y acertaban en pleno, y más acertaron dando a la costra cultivada nombres femeninos, como Ceres o Pomona o Diosa del Maíz”. Los riesgos que el hombre se procura no atraen a la mujer, en el valle, pues la mujer “tiende a volver la ganancia del hombre, cuerpo estable y disfrute sin riesgo, en casa o predio. El mundo habría sido puro nomadismo y fuego fatuo de aventura incansable si no le ponen al Adán la Eva al costado y en ella la responsabilidad de los hijos”.

La otra realidad es la del habla elquina. De joven, pude ver que aquí, en el valle de Elqui, el lenguaje de los cronistas y de los soldados y de los sacerdotes de la Conquista se encontraba como un legado yacente. Aún se oía decir “abajar”, y la palabra “clima” se mutaba en el arcaico y hermoso “temperamento”. Bebí en “pichel”, del que conocía nombre por referencias en el teatro de Lope de Vega. Aún más, innumerables refranes que sólo se oyen hoy en Castilla o en Andalucía, brillaban aquí como piedra de río, pulida por el trabajo del tiempo.

Gabriela Mistral confiesa: “Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que me rasgó la luz

del valle de Elqui; yo tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos'. No sólo eso, sino el ceremonial de la vida cotidiana queda permanentemente como la gracia santificante: "Se me han quedado casi puros mis gestos de allá, la manera de partir el pan, de comer las uvas, de poner el pie con pesantez en el suelo quebrado, de llevar la cabeza como las personas criadas con poco cielo encima".

El oído, ese gran caracol, permite ver cómo fluye la voz. "El minero —escribe— habla en su vejez con un ritmo que no tenemos los de arriba, con las subidas y bajadas de la barreta salvaje y musical, y a mí me parecían sus hablas unos *arrorrós* y unas *nanas* muy extraños cuando los oía en las noches de Elqui, a la orilla de la fogata. La barreta les "pena" en la garganta diez años después de que la dejaron".

Gran sabedora de remedios caseros (y Neruda nos contó una vez que Gabriela Mistral le envió una carta, cuando él estuvo enfermo en México, en donde le decía que se cuidara y le ponía en claro para qué era buena cada hierba, cómo se la tomaba, como una madre repentina que desea arropar al infante perdido), recuerda: "Yo veo mi taza blanca jaspeada de azul, y el corimbo pesado que había hervido de abejas humeando para mi fiebre. El saúco era verde y blanco, blanco verdoso, como uno de los ángeles de Juan de Fiésole, y yo la estoy mirando aún contra mi cielo de Elqui".

El tono coloquial, con dejos de la prosa de Santa Teresa surge en alabanza del romero: "El romero de Castilla, los romeros chilenos menudos y densos parecidos a la oración de frases breves, romeros de flor de un azul metido en lila, que curan todos los males en una especie de catolicidad, en la que creen los que creen desde la lepra eterna a la fiebre de una noche y que no se regatea a pecho feo ni a entraña vieja, para cumplir con lo que sabe. El romero que en mi valle comienza en los cerros y acaba en los huertos con su olor bueno que ahuyenta al brujo, con su olor sencillo que se aprende bien como dos cifras, olor honrado que da sosiego. Olor de romero en mis ropas de niñita donde estaba en un gajo por cada pieza y en colchón, áspero como de insecto seco, en el fondo de la caja".

El valle de Elqui fue tuétano vivo, pero también y muy a la Unamuno, hondón del alma para ella. Aquí pudo aprender platónicamente a "recordar", es decir, con el sentido antiguo muy normal en esta tierra, a "despertar" sin trascordarse. "Cuando yo me acuerdo del valle, con ese recordar fuerte, en el cual se ve, se toca y se aspira, todo ello de un golpe, son dos cosas las que me dan en el pecho el mazazo de la emoción brusca: los cerros tutelares que se me vienen encima como un padre que me reencuentra y me abraza, y la bocanada de perfume de esas hierbas infinitas de los cerros"

—reiterando lo citado al comienzo de estas notas—. Sin embargo, agrega: “He andado mucha tierra y estimado como pocos los pueblos extraños. Pero escribiendo, o viviendo, las imágenes nuevas me nacen siempre sobre el subsuelo de la infancia; la comparación sin la cual no hay pensamiento, sigue usando sonidos, visiones y hasta olores de infancia, y soy rematadamente una criatura regional”.

La ausencia le produjo el síndrome de Anteo. Necesitaba volver a la tierra y readmitirla en ella con todos los sentidos. “La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico, pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros. Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la Cordillera”.

Si cantó desnudamente a las cosas, viendo el corazón de las materias —agua, pan, montaña, piedra, río, mar o alimento— supo abordar el mundo con la moneda verbal de un habla criolla, convertida en función de un rito. Si bebió en el idioma de Santa Teresa y de Martí, y logró hallar patria común en los *lieder* de Schumann, en la *Patética*, de Tchaikovski, o en el quemante *Peer Gynt*, de Grieg; si releyó, sin prisa ni hastío, al Dante, a Tagore, a Hamsun, a Selma Lagerlöf, a Rilke, a Unamuno, a Péguy, su tono se articula en el abrazo secular con esta tierra de Elqui, amarga y gozosa, al mismo tiempo, que la guarda y cobija para siempre.

LITERATURA